

¿QUÉ ES SER UNO?

DADONIM VILA

Cuando hablamos de ser uno debemos partir del mayor de todos los ejemplos posibles, **Dios es Uno en tres personas**. En Dios hay unidad de esencia y sustancia, a pesar de ser tres personas con roles bien diferenciados. La Palabra nos recuerda en 1 Juan 5:7 “Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno.”

Dios hizo al ser humano como seres tripartitos: con espíritu, alma y cuerpo. Podríamos decir que el hombre es espíritu, tiene alma y vive en un cuerpo. La Biblia dice: “Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser; espíritu, alma y cuerpo sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo.” (1 Tes. 5:23)

La unidad del ser humano ocupa diferentes dimensiones:

- **el cuerpo o la carne:** (sarx/sαρξ) es la parte física y externa de nuestro ser, que nos permite interactuar con el mundo exterior a través de los cinco sentidos y es el asiento de los deseos fisiológicos.
- **el alma:** (lat. psyche, gr. Ψυχή) o psiquismo, es la parte que cubre nuestros afectos y pensamientos, y se conecta con nuestros semejantes, es el asiento de las emociones y las pasiones.
- **el espíritu:** (pneuma/πνεῦμα) es donde se encuentra el asiento de la voluntad. El espíritu es la parte más interna de nuestro ser, que se conecta con Dios y en él se genera la fe, la confianza y la adoración. Nuestro espíritu se comunica con el Espíritu de Dios y debe ser quien gobierne el resto de nuestro ser. Ef. 3:16-19 nos dice: “para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.

Hay diferentes maneras de acercarse al concepto de unidad, uno de ellas es la **concepción biologicista**. **Lo que define el ser uno desde dicha concepción es la unidad estructural y funcional**. Esta característica nos permite funcionar en unidad de propósitos. El cuerpo es uno y aunque en él hay multidiversidad funcional, todos sus órganos funcionan bajo el precepto de la homeostasis o equilibrio interno, lo cual permite mantener la salud del organismo y cumplir sus funciones vitales para un correcto: crecimiento, desarrollo y reproducción.

La unidad orgánica reconoce de manera autónoma la jerarquía de mando estructural y funcional. Para sentarnos a comer, el cerebro da la orden y todos los miembros le obedecen, todos son parte del mismo proceso, participando de forma sincrónica en diversas funciones para lograr el fin deseado. Quizás la boca pareciese más protagónica, pero la columna está rígida. Las piernas se mantienen en la posición de sentado, los brazos y las manos usan instrumentos o cubiertos para llevar el alimento a la boca, la lengua

¿QUÉ ES SER UNO?

transmite información de sabor, gusto, textura, dureza y los dientes trituran los alimentos. El sistema digestivo se prepara y aumenta la salivación y los jugos gástricos, se incrementa la frecuencia cardiaca, se desvía gran cantidad de sangre al plexo mesentérico (asas intestinales), para facilitar la absorción de los alimentos, el páncreas segrega enzimas, la vesícula biliar, el hígado se prepara para procesar los nutrientes, aumenta el peristaltismo o movilidad intestinal. Por su parte el cerebro recibe información, a través de la sangre para conocer el nivel de saciedad alcanzado. En fin, todo el organismo se coordina bajo un mando único y armónico.

Desde una **concepción filosófica** el ser uno se ha analizado sobre el presupuesto existencial del ser consciente o pensante y su descripción ha sido el eje central de la filosofía. El problema fundamental de la filosofía es **la relación entre el ser y el pensar**. Aristóteles y luego Descartes abordaron profundamente el concepto de: “pienso, luego existo” (cogito ergo sum). Siendo más precisa la traducción literal del latín “pienso, por consiguiente, soy” o “porque pienso, soy” o “soy porque pienso”. [1] De esta premisa de existencia se deriva que: “lo que soy, determina lo que hago”, dicho de otra manera: lo que hago y como lo hago, está determinado, por lo que soy.

El propio Jesús hablaba de que por sus frutos los conoceréis (Luc. 6:43-45; Mt. 7:15-20) y añadía que el que escucha Su voz es comparable con el hombre que edificó su casa con buen fundamento sobre la roca (Luc. 6:46-49; Mt. 7:24-27) Si tengo claro quién soy, sabré cómo debo conducirme en coherencia con lo que soy y lo que se espera de mí; será más fácil entonces saber qué debo y quiero hacer y cómo lo debo hacer. Dicho con otras palabras, **la construcción de la identidad individual es el elemento esencial para establecer los referentes de comportamientos ético y moral** y de ahí parte el sentido de pertenencia a un grupo social determinado.

Muchos creyentes no progresan en sus vidas espirituales, porque no toman tiempo en auto-reconocerse y reafirmar sus principios y valores. Por ello los cristianos de los primeros siglos le concedían especial importancia a declarar el Credo Apostólico, donde se memorizaban los principios doctrinales básicos por una población mayoritariamente analfabeta, pero que debía recordar cada día cuáles eran los fundamentos de su fe. Esta meditación y concientización de nuestra identidad cristiana es esencial para entender quiénes somos y cuáles son las características que nos identifican a nivel individual y grupal.

Quien soy me cualifica, no son los resultados los que definen quien soy, sino las motivaciones de mi corazón, mi carácter y mis valores. Proverbios 4:23 nos recuerda “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; Porque de él mana la vida.” Dios juzga el corazón (1 Sam. 16:7). Si entendemos con claridad quiénes somos, será más fácil comprender qué cosa es ser uno.

Esta perspectiva de auto-identidad tiene su fundamentación filosófica en la ley de la dialéctica Hegeliana de la **“unidad y lucha de contrarios”**. Somos el resultado de los valores que nos identifican y nos une a nuestros semejantes y a la vez somos contrarios a aquellos que se diferencian de nuestra esencia y comportamiento. Esto parte de un referente paradigmático, Jesucristo, que establece en nosotros las características que deben modelar nuestra vida de manera integral, con el auspicio del Espíritu Santo. Y se establece una lucha entre el ser y el deber ser, o sea, entre lo que debo ser y lo que tiendo a ser y a hacer por la propia naturaleza humana. San Pablo lo describe perfectamente como la lucha entre el hombre carnal y el

hombre espiritual (1 Cor. 2:14- 3:3; Gál. 5: 17-6:10). Por ello es importantísimo realizar ejercicios espirituales (oración, devoción, ayunos, vigiliias, lectura bíblica) para fortalecer nuestra identidad cristiana, y establecer criterios de asociación y discriminación a nivel individual y grupal.

La fundamentación de ser uno, es también teológica. La exhortación de Jesucristo al pedirnos que nosotros seamos uno está basada en que Él mismo es uno con el Padre, por eso decía: “así como yo estoy en ti y tú en mí, que ellos sean perfectos en unidad” (Jn. 17:21-23). La Trinidad tiene igualdad de esencia y coparticipación de funciones. La acción de Dios trino y su esencia debe ser reflejada en nosotros en unidad de ser. Somos uno en Cristo (Ef. 4:5-7) porque hemos sido redimidos por la Sangre del Cordero, esto nos hace nación santa, pueblo adquirido por Dios, para anunciar las virtudes de aquel que nos llevó de las tinieblas a su luz admirable (1 P. 2:9).

La Palabra de Dios explica que la unidad que tenemos con el Padre, a través del Hijo y con nuestros hermanos, a través de la comunión del Santo Espíritu es validada por la propia divinidad, Rom. 8:16-17 “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.” Esta dimensión de unidad es integral, no sólo teológica y espiritual, sino afectiva, emocional y solidaridad. Cuando un miembro del cuerpo se duele, todo el cuerpo se duele (1 Cor. 12:12-27; Ef. 4:4; Rom. 12:4-5)

Ser uno significa tener unidad de esencia y cualidades con nuestros hermanos, identidad individual y grupal, unidad de propósitos y objetivos, coherencia de vida y testimonio, para permanecer en unidad como los sarmientos a la vid (Jn.15:5). Ser uno es permanecer en Cristo y en Su Cuerpo, siendo reflejo de la imagen de Jesucristo en nuestro espíritu, alma y cuerpo y en la comunión del Espíritu Santo.



¿POR QUÉ SER UNO?

REBECA DEL VAL

En el texto donde se encuentra el versículo lema del Congreso (Jn. 17) y a lo largo de las Escrituras, se nos da respuesta a la pregunta: ¿POR QUÉ SER UNO?

PORQUE DIOS ES UNO

Desde el principio hasta el final de la Revelación observamos esta identidad de Dios.

La Biblia por completo afirma el Shemá judío: *“Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es”* (Dt. 6:4).

El vocablo que se utiliza en el hebreo para uno es אֶחָד (ejad), que significa único y puede significar una unidad compuesta o compleja.

De manera simultánea, en las Escrituras, Dios se manifiesta en tres personas -Padre, Hijo y Espíritu Santo-. El Dios UNO es trino; por lo tanto, el Dios Trino es uno.

La Trinidad existe eternamente: un solo Dios que en su esencia se constituye en tres personas.

Esta unificación de la Trinidad-Unidad se halla en la relación, en la comunión, en la pericóresis de las personas divinas. Es decir, hay interrelación entre la Trinidad.

Tal y como manifiesta el Credo de Atanasio: *“un Dios en Trinidad, y una Trinidad en Unidad”*

Y Jesucristo está orando al Padre (Jn. 17) para que esa unidad que ellos tienen, la tenga Su Iglesia, el Cuerpo de Cristo. Él ora: *“(…) para que sean UNO, así como nosotros somos UNO”* (Jn. 17:22). Es el anhelo de Jesús, está en su corazón que nosotros SEAMOS UNO.

Y esto no es simplemente el modelo a seguir de la Iglesia, sino que es el fundamento para la esencia de la Iglesia: la unidad.

PORQUE GENERA UN MAYOR Y EFECTIVO AVANCE EN LA EXTENSIÓN DEL REINO DE DIOS

La unidad de la Iglesia, que *SEAMOS UNO*, es la mayor estrategia evangelística: *“para que el mundo crea (...)”* (Jn. 17:21)

La unidad de Dios ha traído salvación a la humanidad, para todos los que creen en el Nombre de Jesús y le reciben (Jn. 1:12). De una manera análoga, la unidad de la Iglesia trae salvación -presenta el evangelio- de una manera auténtica a un mundo que se pierde.

El tamaño, la programación, la influencia social de la Iglesia...son beneficios que dan buen testimonio, pero no es lo que va a impresionar al mundo. Lo que les impresionará es la unidad interna, del Cuerpo de Cristo, expresada en una misión, en un mensaje común -las buenas nuevas y en el amor.

La intercesión de Jesús por los suyos es para que tengamos una experiencia más real y un conocimiento más profundo de Dios, y cuando estamos bien arraigados al fundamento que es Cristo, se gesta la Unidad en el Cuerpo, algo que traerá como consecuencia que el mundo crea

Cuando somos perfeccionados y completados en la unidad, la sociedad conocerá el evangelio, tal cual es,

¿POR QUÉ SER UNO?

las buenas nuevas, el plan de redención para la humanidad (v.23), ejerceremos un poder e influencia espiritual en nuestros contextos, algo sobrenatural. Por el contrario, si estamos divididos, confundiremos a la gente, no sabrán cómo interpretar el “testimonio”, será “más de lo mismo”, una religión más, no les llevará hacia Cristo.

En un mundo dividido, la unidad debe ser el signo y el medio que trasciende para unir naciones, razas y clases sociales y que ese punto de encuentro se halle en la persona de Jesucristo y en Su obra.

La promesa del Padre, el bautismo del Espíritu Santo, que se produjo por primera vez en la iglesia el día de Pentecostés, se inició estando *unánimes y juntos* (Hch. 2:1), fue lo que les capacitó para ser testigos.

La unidad de la Iglesia hace que el mundo crea y genera el espacio para recibir la Promesa del Padre, la cual nos da poder y denuedo para compartir a Cristo. Estas son las mayores estrategias para un evangelismo efectivo.

PORQUE NOS HACE MÁS FUERTE

A. COMO MOVIMIENTO

“Las langostas, que no tienen rey, y salen todas por cuadrillas” (Pr. 30:27)

Es interesante la mención que hace la Biblia sobre este insecto, para que pensemos en él. Sin tener alguien que les gobierne, se movilizan en grupo, de forma conjunta. Se organizan por enjambres y cada enjambre puede contener entre 40 y 80 millones de langostas por kilómetro cuadrado, ascendiendo a un tamaño de hasta 1200 km². Una unión que atemoriza a las poblaciones humanas, ya que se convierten en una especie de nube oscura que arrasa con los cultivos generando una fuerza tal que son capaces de devastar cosechas para alimentar a miles de personas.

Las langostas, solas e independientes, son inofensivas pero se convierten en una gran fuerza y amenaza cuando se mueven en unidad. Una nueva analogía observamos aquí, nuestra relevancia, como discípulos de Jesús, en solitario no tiene fuerza, pero si nos organizamos en unidad, como movimiento, podemos “devastar” el avance del Reino de las Tinieblas, somos una amenaza para el plan diabólico.

Juntos y unánimes somos capaces de velar por la Iglesia y la sana doctrina, ante los desafíos y situaciones amenazantes que se presentan en nuestro siglo, *“firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio” (Fil. 1:27)*

Hemos visto que la unidad nos hace más fuertes en cuanto a la misión, la acción y la preservación de la Iglesia, pero es que además nos hace más fuertes en cuanto a que nos protege de las jerarquías abusivas y de la autonomía e independencia, ayudándonos a avanzar de forma saludable en nuestro caminar cristiano.

B. COMO INDIVIDUOS

La unidad del Cuerpo favorece al bienestar común y a mantener el vínculo de la paz (Ef. 4:3). Estar juntos y en armonía nos bendice (Sal. 133:3). Amarnos los unos a los otros, nos edifica, nos hace bien.

La unidad mantiene nuestra salud mental, pues nos sentimos amados, integrados al Cuerpo y en paz mutua; esto nos mantiene fuertes física y emocionalmente.

Lamentablemente somos conocedores del sufrimiento, dolor y daño ocasionado en las divisiones eclesiales.

Alguien dijo: “El peor enemigo de un cristiano es otro cristiano”, desgraciadamente cuando no seguimos los fundamentos cristianos, ni obedecemos la Palabra esto se convierte en una triste realidad entre nosotros.

PORQUE HAY PODER EN EL ACUERDO

“De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo. Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.” (Mt. 18:18-20)

El contexto de este pasaje está tratando sobre la disciplina en la Iglesia, sobre la reconciliación y el perdón, sobre cómo manejar asuntos de conflicto entre los hermanos.

Resolver nuestras ofensas de la manera que nos enseña Cristo, nos coloca en la línea de salida para la unidad, la cual nos trae libertad y victoria. Debemos poner delante de Dios cualquier cosa que pueda afectar a las buenas relaciones y al bienestar del Reino de Dios.

Jesús promete que la oración de los que están en plena comunión entre sí, y con Dios, tendrá gran eficacia.

Nos ponemos de acuerdo es la palabra griega συμφωνέω (symphōneō) -de ahí deriva la palabra sinfonía- es lograr la armonía en la opinión, en los sentimientos y en el propósito.

El acuerdo es la perfecta asociación para estar unidos en un propósito.

CONCLUSIÓN

Hemos visto 4 por qué para ser UNO:

1. Porque Dios es UNO
2. Porque genera un mayor y efectivo avance en la extensión del Reino de Dios
3. Porque nos hace más fuertes
4. Porque hay poder en el acuerdo

Aunque debiéramos concluir que ser UNO, a la luz de las Escrituras, trae más beneficios y bendiciones a nuestras vidas y congregaciones de lo que podemos pensar.

Si conociésemos más a Dios, esa unidad pericorética de la Trinidad y si verdaderamente somos discípulos de Jesús, en la profundidad, esos μαθητής (mathētēs), con ese sentido de ser un aprendiz que desea ser igual a su maestro, ser como Cristo; estas cosas nos ayudarían a caminar juntos y unánimes.

Concluimos con la amonestación pastoral de Richard Baxter, conocido como uno de los más destacados voceros del puritanismo en el S. XVII:

“Mi último pedido es que todos los ministros fieles de Cristo se unan y asocien sin más demora para llevar adelante la tarea de cada uno en la obra del Señor, el mantenimiento de la unidad y la concordia en sus iglesias.”



REFLEXIÓN:

PARA TI... ¿POR QUÉ DEBEMOS SER UNO?

¿EN QUÉ DEBEMOS SER UNO?

GUILLERMO SANTOS

Juan 17:20-23 Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que **todos sean uno**; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.

La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado.”

La unidad del Espíritu Santo es un **regalo** que traemos con el nuevo nacimiento y **aprendemos** a cuidar y desarrollar en el discipulado. Es la **respuesta** del Padre a la oración de Su Hijo Jesús y es el efecto de la gloria de Cristo en Su iglesia. Su **finalidad** es que todas las naciones puedan vivir con Jesús la misma relación que Él tiene con el Padre y que a través nuestro el mundo crea y experimente el amor de Dios al enviar a su Hijo Jesús.

La unidad del Espíritu es más algo para cuidar que algo para conseguir. Algo para manifestar que algo para deber ser. Algo para crecer y ser perfeccionados que algo que ya hemos alcanzado.

¿En qué, entonces, necesitamos cuidar la unidad y manifestarla?

1. En creer en Jesús y en creerle a Jesús como discípulos. (Lc 14.27)
2. En rendirnos a Jesús y aprender a obedecerle. Que Él sea el primero y tenga la última palabra. (Lc 6.46)
3. En obedecer y respetar al Espíritu Santo. Gál 5.16
4. En guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz, la humildad y la mansedumbre en la relación unos con otros como cuerpo lleno del mismo Espíritu. Ef 4.1-4
5. En reconocer y respetar la diversidad de obras que el Padre hace, ministerios que Jesús da y dones que el Espíritu reparte. 1 Co 12.4-7
6. En reconocer que todos somos llamados a la misma esperanza pero a cada uno le fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo. Ef 4.4-7
7. En cuidar las relaciones (coyunturas) por las que estamos unidos al cuerpo bajo el principio de ayudarnos mutuamente según la actividad de cada uno en un impulso común. Ef 4.16
8. En disfrutar el vivir unánimes en la oración (Hch 1.14; Hch 4.24), en la alabanza (Rom 15.6), en el reunirnos (Hch 2.1,46; 5.12), en la batalla por el evangelio (Fil 1.27) y en el amor del corazón (Fil 2.2).
9. En crecer en la actitud de respeto y cuidado de la palabra escrita de Dios. (2 Ti 3.16, 17)
10. La unidad del Espíritu se manifiesta de manera multiforme y nos anima a vivir en armonía y acuerdo, y a emprender juntos la obra de Dios con la riqueza y creatividad que le caracteriza. Pero la unidad del Espíritu demanda no poner ninguna forma, idea, relación, acuerdo o persona por encima de los puntos anteriores.



REFLEXIÓN:

PARA TI... ¿EN QUÉ DEBEMOS SER UNO?

¿QUÉ NOS IMPIDE SER UNO?

Daniel Amaro Rodríguez

Resulta relativamente sencillo identificar impedimentos para la unidad en la iglesia: diferencias doctrinales, conflictos interpersonales, diferencias culturales, diferencias litúrgicas, orgullo, egoísmos, celos, envidias, problemas de comunicación, lealtades incompatibles, etc.

La pregunta obligada sería: ¿Si es tan fácil identificar los enemigos de la unidad porqué esta sigue constituyendo una triste realidad en la iglesia?

Se estima que en el mundo hay más de 35.000 denominaciones evangélicas y la cifra sigue aumentando. A un nivel macro podríamos afirmar que el Cuerpo de Cristo está fragmentado cada vez más. Surgen a diario nuevos grupos con la vocación de expresar la verdadera iglesia de Cristo presentando su cuerpo de forma cada vez más dividido. En el otro extremo, a un nivel local, comprobamos como las pequeñas comunidades conviven con el fantasma de las divisiones y lo sufren. Paradójicamente, muchos de los intentos por recuperar la unidad derivan en nuevas divisiones.

Ahora bien, este no es un problema nuevo. Las amenazas contra la unidad fue uno de los enemigos con el que Jesús, sus discípulos y las primeras comunidades cristianas tuvieron que convivir. Ante este escenario y teniendo en cuenta la pregunta original: “¿Qué nos impide ser uno?” Veamos cómo lo plantea la Biblia.

1. Jesús y otros que hacían milagros en su nombre (Mr. 9:38-40)
2. La iniciativa de los discípulos buscando una posición de privilegio (Mr. 10:35-45)
3. La iglesia primitiva y la atención de necesidades básicas (Hechos 6:2)
4. La iglesia primitiva y el primer Concilio de la iglesia (Hechos 15:1-2)
5. La primera división en el ministerio Pablo y Bernabé (Hechos 15:37-41)
6. El ejemplo de la superación de las divisiones en (Romanos 16)
7. El caso de los corintios 1a Cor. 6:13 “¿Acaso Cristo está dividido?”
8. El enfrentamiento de Pablo a Pedro en Antioquía Gal. 1:11-21
9. Efesios y la revelación del propósito eterno de Dios: “reunir todas las cosas en Cristo”.
10. El caso de los filipenses es paradigmático: Una carta que podemos calificar de amistad y exhortación moral plantea dos circunstancias que aluden directamente a la unidad: el anuncio del evangelio por motivaciones de rivalidad y no sinceramente (1:14-18), y la situación entre Evodia y Síntique antiguas compañeras de ministerio de Pablo que ahora están divididas (4:2-3).

Tras esta aproximación al problema yo encuentro cuatro factores comunes, aparentemente inofensivos, y por ello sumamente peligrosos, con los que todos convivimos al no percibir que son verdaderos enemigos de la unidad en el cuerpo.

1. LA UNIDAD UTILITARIA

Instrumentalizar la unidad cuando la uso como un medio para lograr un fin. Esto es una desnaturalización de la unidad.

Hay muchas iniciativas que tienden a la unidad con nobles objetivos, como puede ser “dar una buena imagen al mundo”, o “dar cumplimiento a la petición de Jesús en su oración intercesora” (Juan 17). La Iglesia solo podrá ser signo eficaz de la unidad futura de la humanidad si ella misma es una. Nuestra desunión no hace sino reflejar las divisiones del mundo. Es un anti-testimonio.

Pero Dios es un Dios trino y misionero, la unidad y la misión son inseparables. La unidad no es un fin en sí misma, es el estado natural de un Dios que es amor comunicante.

¿QUÉ NOS IMPIDE SER UNO?

Dios es uno en relación, la iglesia está llamada a ser una en igual grado de relación. La unidad no es algo que nosotros inventamos, sino que es un beneficio garantizado por el Señor de la vida. Nuestra vocación es mantenernos unidos a él.

Ante esta perspectiva se debe concluir que no se puede hablar de unidad por conveniencia o interés, sino como resultados de lo que se es: el cuerpo del Señor.

2. LA UNIDAD DE LOS AFINES

Una unidad basada en afinidades, en compatibilidades, en intereses comunes, ¿hay una unidad que excluye?

En cualquier grupo humano existe una tendencia a la vinculación en función de afinidades e intereses. Esto se manifiesta en las comunidades eclesiales. En principio, esto no es algo negativo y puede ser beneficioso. Igualdad de intereses de servicio, de dones, de llamados (p.ej.: misiones, alabanza, obra social, enseñanza, etc.).

No obstante, este tipo de unidades pueden llegar a comprometer la verdadera unidad. La unidad de los fariseos es la unidad de los afines: de los que priman su salvación sobre la del resto, privando del bien supremo y común a todos: nuestro Señor. Olvidamos esto cuando unos son de Cefas, de Apolo y otros de Pablo.

Con la venida de Jesucristo se derribaron las barreras que dividen a la humanidad naciendo la ekklesia: los convocados en torno a Jesús. En la comunidad del Espíritu las diferencias y las barreras que separan a los hombres son superadas. Las diferencias de sexo, etnia o clase social. Cristo nos llamó al ministerio de la reconciliación: es imposible vivir desvinculados si nos guía el mismo Espíritu.

3. ¿LA UNIDAD DE BABEL O LA DE PENTECOSTÉS?

Unidad construida desde abajo frente a la unidad otorgada desde arriba. ¿Construimos la unidad o guardamos la unidad?

La cita “Yo edificaré mi iglesia”, sigue en vigor. La unidad de la iglesia solo puede surgir de la unión con Cristo. Con justa razón, una teología de la unidad de la iglesia suele basarse en la oración de Jesús por sus discípulos.

En la iglesia de Cristo es el Padre quien adjudica el estatus de hijos. Los hijos se han de limitar a reconocer a sus hermanos. Nuestro encargo es guardar la unidad. “La verdadera iglesia existe sólo allí, donde Cristo está presente en sus discípulos y sus discípulos están en Cristo, por lo cual la unidad cristiana es unidad con la Trinidad”.

4. LA UNIDAD CONDICIONADA A LA DOCTRINA

Cuando condicionamos la unidad nuestra comprensión de “la sana doctrina”.

La unidad cristiana siempre se vio amenazada, a veces desde afuera y siempre desde adentro. La primera generación superó la prueba en el primer concilio de la iglesia. Cuando entró en tensión lo cultural y lo tradicional con lo esencial, Cristo, los creyentes judíos hicieron un ejercicio de generosidad para superar la amenaza de la división.

Deberíamos preguntarnos si detrás de cierto celo por conservar la pureza doctrinal no se esconden nuestras propias verdades con minúsculas frente a la Verdad. Tan peligroso como confundir mi denominación con la totalidad del Cuerpo de Cristo es no reconocer en mi denominación parte de la expresión del Cuerpo de Cristo. Podría enrepetirse lo que denunció en su momento el apóstol Pablo: “Cada uno busca lo suyo propio, no lo que es de Cristo”.

5. CONCLUSIÓN

La adhesión a una determinada familia denominacional no debería jamás opacar el misterio de la universalidad de la iglesia. Podemos caer en la trampa del proselitismo interno que no es otra cosa que dividir y fragmentar el cuerpo de Cristo.

La incorporación de Jesús a su cuerpo se asemeja más a la invitación a un banquete que a la elección de un restaurante. En este banquete el que invita elige a los invitados, decide el menú, nos sienta en el lugar que considera, determina la duración de la celebración, determina quién es el agasajado.

Mi oración es... ¡Que esta reflexión contribuya a que en nuestras Asambleas de Dios de España vivamos una unidad palpable!



REFLEXIÓN:

PARA TI... ¿QUÉ NOS IMPIDE SER UNO?

¿Y SI NO SOMOS UNOS?

ALFREDO GÓMEZ

Es evidente que en ocasiones no podemos tener esa pretendida unidad, o al menos no podemos tener unidad de acción, porque “hacemos diferente”.

¡Tantas iglesias que dicen responder a unos mismos propósitos, pero en sus maneras de hacer las cosas difieren completamente...!

Todos hemos conocido ministros, evangelistas y pastores, que, sobre el papel, comparten unidad en la visión y en el propósito, pero que debido a las diferentes maneras de trabajar llegan a ser incompatibles y no pueden ser uno en la acción. Este fue el caso del apóstol Pablo quien mantuvo una irrevocable incompatibilidad para trabajar con Juan Marcos. Inicialmente un mismo propósito, pero diferencias notables en otros aspectos, que les impedían tener unidad en la acción, en el trabajo del reino.

Cuántas veces hemos presenciado, o hemos sido parte de divisiones de iglesias y divisiones entre ministros del evangelio. Podríamos tirar de la moviola para atrás y reflexionar en cuanto a cómo se dieron las cosas en aquella triste división... ¿Cómo fue nuestra actuación?, ¿Quién ganó allí la partida, el espíritu o la carne...?

Claro que no podemos necesariamente estar “unidos” en todo... Claro que pensamos diferente en muchas cosas, sentimos diferente y entendemos diferente.

Sin lugar a dudas, hay unos principios y unas cuestiones “eje”, en las cuales SÍ necesitamos tener unidad, pero en muchas otras cuestiones que no son axiales, podemos discrepar y hasta podemos tener opiniones encontradas, opuestas e incompatibles con las del otro.

Lo que aquí se impone es aprender a convivir desde la tolerancia y el respeto a las diferencias del otro, y no romper la baraja precipitadamente, dejando que salga toda nuestra carnalidad en el conflicto. Demasiadas veces no hemos sido espirituales a la hora de gestionar nuestras diferencias, y en vez de seguir las reglas y principios del evangelio, nos hemos dejado llevar por “lo que nos pide el cuerpo”.

Y si a pesar de que como cristianos y como ministros, estando unidos en el propósito y la visión, no podemos estarlo en la acción, si las cosas son así, y no podemos seguir juntos, necesitamos entonces aprender a separarnos.

La penosa manera en la que se suceden tantas y tantas divisiones de iglesias y divisiones en los equipos ministeriales, es un elemento avergonzante en el cristianismo evangélico, y en él se apoyan otras personas y entidades para desacreditarnos. Lamentablemente, no les falta razón.

Necesitamos aprender a resolver nuestras diferencias

Si finalmente no podemos seguir caminando juntos, tenemos que aprender a separarnos pacíficamente, de manera que podamos seguir saludándonos, estrechando nuestra mano, dándonos un abrazo, y orando los unos por nosotros, aunque emprendamos caminos diferentes.

Pero todo dependerá de cómo se haya dado esa separación. He visto ministros dar un golpe en la mesa y marcharse abandonando una reunión, para luego abandonar también su denominación. He visto a ministros abandonar el equipo pastoral enviando una carta con un versículo, a modo de juicio acusatorio. He visto abandonar un equipo ministerial con un e-mail en el que, con una nota de juicio, terminaba diciendo a los pastores “arrepentios”.

¿Y SI NO SOMOS UNO?

He visto a un pastor abandonar su iglesia y su equipo pastoral enviando un sms: “me doy de baja como pastor y me doy de baja de la iglesia”. Y en todos estos casos llevaban muchos años de trabajo juntos.

¡Cuántas veces dejamos que la carne actúe, cuando Dios nos llama a resolver pacíficamente nuestras diferencias!

No estamos obligados a seguir juntos, pero si lo estamos a despedirnos con respeto y con amor cristiano. No podemos caer en el tipo de peleas parlamentarias que con tan mal ejemplo se dan en el congreso de diputados. ¿Dónde está el talante de los siervos de Dios?, ¿Dónde está el cristiano que camina una milla más?, ¿Dónde está, si no el amor a los enemigos, el amor a los que piensan diferente?

Cierto, a veces la pretendida unidad no es posible, pero siempre es posible que cada cual emprenda su camino, dejando abierta la puerta y no dando un portazo. Cuando nos vamos dando un portazo, cerramos las posibles vías de futura conexión, causamos un daño irremediable, y siempre tiene consecuencias, que son amargas.

Sólo mencionaré muy brevemente cuatro situaciones de desavenencia que aparecen en el nuevo testamento y cómo todas ellas se solucionaron. Meditar en ellas nos dará buenas pautas para enfrentar nuestras desavenencias:

1. El desencuentro entre los apóstoles ante la atrevida petición de la madre de Santiago y Juan pudo desunirlos, pero Jesús recondujo la situación para dar su lección magistral sobre el servicio.
2. El desacuerdo entre Pablo y Bernabé provocó que se abrieran dos estrategias evangelistas, en lugar de una.
3. La murmuración de los griegos contra los hebreos por la desatención de sus viudas dio lugar a la elección de hombres llenos del Espíritu a quienes delegar la tarea.
4. Y la disputa que pudo haber dividido la Iglesia, se resolvió en el concilio de Jerusalén, donde supieron expresarse, entenderse, y redactar unos acuerdos de mínimos, unas conclusiones razonables que consiguieron mantener la unidad en medio de las opiniones diferentes.

Si queremos que, a pesar de nuestras diferencias, nuestro maestro Jesús pueda ver en nosotros un resquicio de unidad en visión y propósito, tenemos que aprender, o bien a trabajar con nuestras diferencias respetándonos y tolerándonos, o bien a separarnos pacíficamente.

Qué triste es que uno se tenga que cruzar de acera para no verse obligado a saludar a alguien con quien trabajó tantos años en el ministerio, qué triste es que en reuniones regionales de iglesias un determinado pastor no asista si sabe que asistirá otro al que considera incompatible, ¿Qué crees que pensará Dios de este tipo de actitudes?

Si no podemos seguir “unidos” y hemos de separarnos, hagamos las cosas de modo que provoquen el mal menor, y recordando siempre la exhortación paulina a los efesios: “con toda humildad y mansedumbre, soportándonos con paciencia los unos a los otros en amor” (Ef. 4: 2) unidad.



REFLEXIÓN:

PARA TI... ¿QUÉ PASA SI NO SOMOS UNO?

MESA REDONDA



XIX CONGRESO ADE
22 -25 Febrero, Gandía

